

DE COMO A CADA ABUELA LE LLEGA SU SANTO

Jaime R. Colón

A Mamá.

En las mil y tantas casas por las que deambulé como alma en pena durante mi accidentada niñez, hubo siempre un apartado rincón profusamente poblado por la parafernalia religiosa de mi difunta abuela. Fue al pie de aquel pintoresco batallón de santos, crucifijos, cirios, estampas y flores donde me inicié en los arcanos de la teología medieval (que gracias a muchas abuelas como la mía seguía fungiendo, en pleno apogeo de la era espacial, como la última y más autorizada palabra en materia doctrinal).

Las figuras estelares de aquel pequeño anticipo del cielo eran un San José de palo, perteneciente originalmente a mi tatarabuela, y un San Judas Tadeo de yeso que mi abuela le había comprado, poco antes de la crisis de los misiles, a un cubano recién exiliado. Celebré secretamente la llegada del vistoso santo de yeso, en un gesto tributario, ahora lo comprendo, del culto muñocista a cuanto embeleco pudiera pasar como signo de progreso. No estaban entonces al alcance de mis entendederas las razones de orden sentimental que llevaban a mi abuela a mostrar una mal disimulada preferencia por el viejo San José. Y aún me tomaría algún tiempo empezar a ver al maltrecho santo de palo con la nada devota mirada de coleccionista con la que solía tasarlo mi viejo. Ignoro a qué colección habrá ido finalmente a parar el bueno de San José. Porque una calurosa tarde de junio de 1982 desapareció para siempre, en manos de un servicial engaña-bobos, quien le dejó a mi abuela, como prueba de buena voluntad, la más ferviente promesa de que habría de restaurarlo en un brevísimo lapso de tiempo, y a un costo francamente irrisorio, dada la solemnidad de la empresa.

Muerta mi abuela, también al San Judas terminé perdiéndole la pista. Y ya no volví a recordarlo hasta que, al regresar de un expiatorio viaje de estudios, me tropecé con una figura de yeso muy similar a la que había pertenecido a mi abuela. Muy similar, he dicho, excepto por un desconcertante detalle: había dejado de ser San Judas Tadeo para convertirse en el mismísimo Gran Poder de Jesús. Superada la sorpresa inicial, y firmemente decidido a encontrarle una explicación satisfactoria al intrigante asunto, me sumergí en las más profundas cavilaciones. Descarté de arrancada, por descabellada y sacrílega, la hipótesis de que se tratara del lamentable caso de un vulgar impostor. (¡Santa tomadura de pelo!, que diría consternado el joven maravilla). Encaminé, pues, mis indagaciones por rutas menos prosaicas, plenamente convencido de que los moradores celestiales invariablemente se comportan a la altura de sus circunstancias. Con verdadero ahínco escudriñé durante largas jornadas la totalidad de los textos canónicos, y no pocos de los apócrifos, tras la pista de algún remoto antecedente de lo que en ese momento se me antojaba como un insólito ascenso de rango dentro de la rigurosa jerarquía celestial.

Quizá el resultado más perturbador de esa infructuosa búsqueda fue haber cobrado conciencia de la absoluta falta de democracia que, desde tiempos inmemoriales, padecen estoicamente los distinguidos súbditos de la jurisdicción divina; dignos, sin duda, de mejor suerte. Ni un sólo cambio de gobierno se ha producido allí desde que el cielo es cielo. Algo consuela, de todos modos, pensar que si tanto los piadosos Estados Unidos como la revitalizada Organización de Naciones Unidas han mantenido una pasmosa indiferencia ante tan escandalosa situación, seguramente ello ha obedecido a la imposibilidad de realizar un embargo de las almas que anualmente se exportan rumbo al más allá. (No faltará, por supuesto, algún insidioso que apunte hacia la inexistencia de petróleo en el reino celeste como la verdadera causa de la inercia norteamericana).

Puesto que la política, al decir de algunos, mezcla muy mal con los asuntos religiosos, reconduje rápidamente mi atención hacia el misterio del San Judas, alias Jesucristo, tratando esta vez de reclutar a varios amigos sicólogos como consultores ocasionales. Algún amigo de éstos hubo, todo hay que decirlo, que rehusó tajantemente discutir el asunto, en vista de que aún no había sido suficientemente discutido. Pero, salvo por esta irrefutable objeción, fue muy entusiasta el apoyo obtenido entre el resto de los consultados. Esto de consultar a diversos sicólogos sobre un mismo asunto, decía con alegado conocimiento de causa un amigo ex-baloncelista, puede llegar a ser tan emocionante como el juego de la ruleta rusa: con algo de

suerte, acaso no llegue la sangre al río; pero existe siempre el riesgo de que alguno de ellos acierte...

Las explicaciones ofrecidas por estos infatigables estudiosos del alma humana – y de alguna que otra sobrehumana, también – fueron apasionantes, las más de las veces, y siempre originales, pues ya se sabe cuán improbable es encontrar dos sicólogos que coincidan en algo. Quizá la más heterodoxa de todas fue la de un viejo conductor interesado últimamente en los aportes de la semiología, para quien lo del San Judas era, sin duda, una crisis de identidad provocada por los bajísimos índices de popularidad alcanzados en las encuestas durante los últimos años por los ángeles, los arcángeles y la abrumadora mayoría de los santos. No hay figura más angelical que la de Marilyn, solía decir con mirada socarrona el amigo conductor, dramatizando con su gesto los cambios de sensibilidad que han hecho posible la aparición de estos ídolos de nuevo cuño.

Algo más cauteloso fue un amigo psicoanalista, ítalo-argentino él, como debe ser, a quien le parecieron dignas de consideración dos hipótesis, cuando menos. O bien estamos, me dijo, ante alguien aquejado por el llamado complejo de Sybil, o se trata, si no, de lo que ha venido a conocerse entre los iniciados como una fijación post-edípica. En algún momento de la explicación debe haberme fallado la cara de inteligente que intenté poner frente al porteño, pues durante dos horas y media, aproximadamente, el muy desconsiderado se habló lo suyo y lo ajeno, por aquello, supongo, de que al mal entendedor no hay palabras que le basten. Ni siquiera las dos o tres fruncidas del ceño que calculadamente intercalé aquí y allá durante el monólogo parecen haberlo persuadido de mi facilidad para las teorías psicoanalíticas.

Creo haberlo entendido bien, eso sí, cuando me advirtió que, de resultar correcta la primera de sus hipótesis, el San Judas no tardaría en dejar de “ser” Jesucristo para asumir nuevas e insospechadas identidades, en cuyo caso no habría manera de impedirle reaparecer como un ángel caído, digamos, o incluso como una de esas deidades que habitan en otros cielos. El “rollo” sobre la fijación post-edípica, en cambio, debe habérselo tragado alguno de los agujeros negros que durante estos últimos años han ido proliferando entre mis neuronas. Algo quedó, pese a todo, en unos improvisados apuntes tomados para impedir que el inminente cabeceo hiciera más evidente mi despiste. La usurpación de identidad protagonizada por San Judas, llegué a anotar en un par de servilletas estrujadas, podría constituir una especie de rebelión simbólica contra el Padre, cuya autoridad se ha debilitado al compartirla con los del Triunvirato. Suplantar al Hijo equivaldría, pues, a asesinar imaginariamente al Padre [. . .] Tuve que interrumpir aquí mis

apuntes, cuando el dueño del bar me confiscó bruscamente el envase de las servilletas. No en balde, pensé mientras se alejaba, ni los santos se salvan de los problemas con la autoridad.

No bastó, en cualquier caso, la infinita sapiencia de mis amigos sicólogos para esclarecer el endiablado misterio. Desesperado, acudí en menos de un mes a diecisiete pitonisas, tres nigromantes, un aprendiz de brujo, siete espiritistas y un politólogo, con la alocada esperanza de que alguno de estos especialistas en ciencias ocultas produjera algo de luz en mis espesas tinieblas.

¡Y se hizo la luz! Manuel Fernández Juncos, ilustre veterano de la liga de los difuntos, se encargó de explicarme durante un hermoso atardecer, allá en un quiosco de la Guancha, el origen del equívoco que tanto me obsesionaba. A menudo, me dijo, los vendedores de santos les pasan gato por liebre a los clientes, no se sabe muy bien si a causa de las escasas luces ortodoxas de unos y otros, o por el noble afán de los primeros de complacer a todo el mundo, de suerte que nadie se quede sin el santo de su devoción.

Lo que sigo sin descubrir es quién me comunicó con Fernández Juncos.